

RUISEÑORES EN EL MAR

Con estas páginas incorpora gozosamente nuestra REVISTA un nombre ilustre. Pocos son tan conocidos, tan admirados como el suyo en cualquiera de las orillas de la demarcación del habla hispánica. Acá y allá es D. Gregorio Marañón un claro y alto ejemplo de vocación intelectual.

La irrestañable amenidad, y como viva simpatía de sus escritos, nos han hecho familiares temas científicos e históricos de ardua complejidad. En su estilo literario, de una admirable y fluida sencillez, la transparencia, la claridad casi translúcida, son el mejor adorno.

Apasionado, bellissimo y poético es el artículo suyo que hoy ofrecemos a nuestros lectores. Tras un perfil de delicada y literaria tenuidad, el pensamiento histórico del autor determina el más hondo sentido de los viajes de Colón: su carácter poético. La poesía y la fe fueron las alas verdaderas de la genial empresa del Descubrimiento. Y el esfuerzo español pudo ser encausado por Colón hacia el milagro histórico "porque a los pueblos —como dijo José Antonio Primo de Rivera— no los mueven nunca más que los poetas, y ¡ay! del que no sepa levantar frente a la poesía que destruye la poesía que promete".

Los poetas, amigos míos, no son siempre los que hacen versos. Hay muchos versos —es sabido—, y a veces versos magníficos, que no son de poetas. Y acaso los poetas más profundos han hecho su poesía con la materia estremecida de su propia existencia y de sus sueños sin escribir un solo renglón. Si queréis convenceros, leed el Diario del primer viaje de las naos de Colón (1). En él, como en los vaticinios de los profetas, la retórica no es nada. Está escrito en una lengua balbuciente, de niño genial. Pero el mejor poema no iguala a este Diario en fervor lírico, en épica grandeza, en ese volar sobre las cosas con alas translúcidas y calladas que es la Poesía.

Este era un poeta que había soñado con llegar a las tierras del Gran Kan por un camino ignoto, de misteriosos océanos,

(1) *Cristóbal Colón: Primer viaje según su Diario*. Ediciones "Amigos del Libro". Barcelona.

más allá de los finisterres conocidos. Sabía, sí, lo que sabían los cosmógrafos de entonces. Y, además, sabía lo que ignoraban los sabios de las Universidades: navegar. Veintitrés años había andado por los mares "sin salir de ellos tiempo que se pudiera contar". Sus ojos, llenos de la curiosidad inagotable de los niños, de los genios y de los poetas, lo habían visto todo, "del Levante al Poniente, del Septentrión, que es Inglaterra, hasta la tierra del Sur, donde está la Guinea". Y sabía que en el Occidente remoto existían islas y tierra firme maravillosas. Lo sabía, no porque lo hubiera aprendido, sino porque lo había soñado.

Los sabios de las Universidades, que sólo saben lo que está en los libros, pero no lo que está en los sueños, se habían reído de él. Los reyes de varias Cortes le habían mirado de través, como a un arbitrista más. El Papa, al que había tentado con la incorporación a la Fe de pueblos innúmeros, no le había creído, porque era el Santo Padre de la estirpe del discípulo que tuvo que meter en la llaga divina el dedo de carne para creer.

Sólo Dios le ayudó, porque es el único que ve en el corazón de los poetas. Una noche, allá en la tierra nueva, pensando en todo esto, el poeta había escrito en su Diario: "Dios fué el único que sabía mi corazón."

Después de Dios encontró a uno de sus siervos, un hombre humilde que soñaba también en la celda de un convento, junto al mar. Un hombre tan humilde que se llamaba Juan Pérez. Y este hombre convenció, para que ayudaran al soñador errante, a los dos Príncipes de Castilla, Fernando e Isabel, que tenían también, y por eso fueron los mejores, un sentido poético de su misión real.

Todos los demás le habían despreciado; "sin razón ninguna", decía él, que estaba seguro de la razón de su sinrazón. De la sinrazón de los poetas, que a veces, de repente, se convierte en razón suprema y transforma al mundo.

Los Príncipes de Castilla creyeron, pues, al poeta que se llamaba Cristóbal, no por las razones de sus doctos consejeros, sino por la sinrazón de Juan Pérez, el monje que soñaba junto al mar. Acababan de plantar sus estandartes en las torres de la Alhambra y habían visto al último rey moro salir de la ciudad vencida para besarles las manos. La gloria abre en las almas generosas el camino de los sueños, como en las almas resentidas

espolea el rencor. Cristóbal Colón estaba allí, en la hora de la gloria, y le creyeron. Le dieron el permiso para llamarse Don, le nombraron Almirante Mayor de la mar oceánica y Visorrey de todas las islas y tierra firme que descubriese, para él y para sus hijos, de grado en grado, para siempre jamás.

Este día en que los Reyes de la tierra creyeron en él fué el día del milagro y no el del descubrimiento. Porque es mucho más difícil que los Reyes crean a un poeta, que el que un poeta descubra un Nuevo Mundo.

El 12 de mayo salió Cristóbal de la ciudad mora recién ganada, camino del mar, en cuya playa soñaba con otros mundos Juan Pérez, que no era, para su ventura, doctor. Cristóbal se detenía a cada instante recreándose en la vega frondosa, bajo el azul impoluto, aspirando el aire lleno de un perfume dulce e inmaculado y oyendo cantar a los ruiseñores y "a los otros pajarritos" que tanto amó.

El recuerdo de este día fragante no le abandonó más. Fué, sin duda, el más feliz de su existencia. El momento supremo de la gloria es aquel en que los labios se acercan al borde de la copa. Después que se ha bebido se empieza a saber todo lo que haya en ella de acerba, de atroz melancolía.

Dos meses, sólo dos meses duraron los preparativos para la gesta descomunal. Los hombres de ciencia, los que todo lo tienen previsto, hubieran necesitado muchos años. A él, que era poeta, sólo le importaba salir, porque sabía que de todos modos había de llegar y había de volver. Los calafates hicieron mal su trabajo las carabelas. Pensaban que Cristóbal era un loco —que es como llaman a los poetas los que no lo son— y no se quisieron molestar. El Almirante lo advirtió y los calafates huyeron. Pero, a pesar de eso, las carabelas, mal calafateadas, se hicieron a la mar. Cristóbal no volvió a acordarse hasta unos meses después, en los mares remotos, cuando advirtió que las naos "hacían agua mucha por la quilla". No obstante, siguió su derrota, achicando los frágiles cascos como pudo, porque el llegar o no llegar no depende de que los barcos estén bien o mal calafateados, sino de otras cosas. Por eso el Almirante escribía en su Diario al llegar a este punto: "El Señor que me trujo me tornará por su piedad y misericordia."

También le llevó tiempo la recluta de su gente. Era difícil en-

contrar hombres soñadores en bastante número para ocupar las tres carabelas. Hubo, pues, de recoger lo que pudo: mozos sin ocupación y sin blanca, a veces huídos de la justicia; judíos disimulados, gente del bronce; que con ella, por oculto designio de Dios, se han hecho siempre las grandes cosas.

Muchos ni siquiera sabían el oficio del mar. Una vez escribió el Almirante en su Diario que “estaba con poco placer porque no tenían sino tres marineros que supiesen de la mar; los más que allí estaban no sabían de la mar nada”. Lo decía sin darle importancia, porque sabía que para las navegaciones prodigiosas no es enteramente indispensable que los marineros sepan marear.

El prodigio de Cristóbal no fué llegar hasta las tierras del confín oscuro, casi a tientas, en la soledad inmedible; ni el volver a España en aquel invierno “que jamás lo hubo con tantas tormentas”. El prodigio fué conducir, a través de sus sueños, durante tantos meses, a hombres incapaces de soñar. Unos iban allí para escapar de la horca. Otros, la mayoría, como Martín Alonso Pinzón, en su *Pinta*, “sin obediencia y voluntad del Almirante, por codicia”. Porque se pensaba que allá lejos estaban el oro y las especias que valían como el oro. Los Reyes habían prometido 10.000 maravedís al primero que viese la tierra soñada por Colón. Otros, en fin, se habían contagiado de la fe del Almirante: los más sencillos, los pobres de espíritu, que éstos, aunque no sean poetas, creen, sin entenderlos, a los que lo son.

Pero apenas perdida hacia el Este la tierra de Canarias, la última propicia, la fe de los hombres empezó a vacilar. Ya antes, dos de la *Pinta*, Gomes Rascon, portugués, y Cristóbal Quintero, habían descompuesto, por industria, el gobernalle de la carabela. Luego, cuando se vieron frente al misterio sin orillas, se apoderó de todos aquel sentimiento que perturbó las almas de la Edad Media, el horror al vacío. Sólo Cristóbal, el Almirante, se mantenía firme, porque en los sueños el horror al vacío no tiene importancia.

Y para que “no se espantase ni desmayase la gente” “acordó contar menos de lo que andaba”. El libro de derrota era un engaño generoso. Cuando llevaban 707 leguas navegadas, sólo marcaba 584. Así mantenía unidos a la realidad del Continente, por el cordón umbilical de una mentira, a los incapaces de soñar.

Sólo Cristóbal sabía y sólo a él no le importaba que la tierra firme estaba más allá de lo que decía el Diario.

Así ha sido siempre. Para que los hombres caminen hacia los grandes ideales no hay otro medio que engañarlos acortando las leguas del camino.

Cristóbal buscó el oro afanosamente en las tierras descubiertas, porque el buscarlo era su deber. "Nuestro Señor —escribía— me enderece por su piedad que halle este oro." Pero Dios no quiso que pareciese, para conservar así intacta la gloria del primer viaje. Los indios llevaban a veces un pedacito de oro prendido en la nariz, o bien ofrecían a los cristianos objetos adornados de una capa tenue del egregio metal. Todo lo recogían; pero con todo ello no se podía llenar un mediano barril.

El oro, le decían los indios, está más lejos, en la isla de Baneque. Mas, como anota Fray Bartolomé de las Casas, "nunca este Baneque pareció", gracias al Dios que vela por los poetas.

Tampoco hallaron las especias. Un portugués de la tripulación trajo un día un poco de canela: había de ser un portugués, hermano de los que luego fueron señores del comercio. No se vieron, sin embargo, las grandes plantaciones. El Contramaestre de *La Niña* halló la almáciga, que aún crece, como un mástil de cobre, en los páramos de Castilla, grata al labriego, porque hace volver el apetito y disimula el hálito ofensivo de los ancianos.

Y nada más se halló, fuera de la hermosura de las cosas nuevas. El Almirante no iba a buscar ni las especias ni el oro. Esto lo han dicho después los especuladores y los catedráticos. El que lea el Diario sabe que Cristóbal buscaba el oro, además de soñar navegando, porque sólo así se contentarían los que no le habían creído. Para él, el oro era, si lo alcanzaba, otro motivo de soñar. Ya había dicho a los Reyes que si hallaba tesoros los quisiera emplear en la conquista de Jerusalén. Al escucharlo, los Reyes Católicos se rieron, como se ríen las gentes responsables de los que tienen poca responsabilidad.

No, lo que Cristóbal buscaba, por encima de todo, era la fruición pura de descubrir, la alegría única de la conquista del más allá, por el hecho de haberle alcanzado, aunque no sirva para nada. Este ansia creó la conciencia del hombre en los primeros días de su vida milenaria, y después no ha dejado de

mover al mundo. Por eso Colón se detenía extasiado ante los paisajes maravillosos, aspirando "los aires dulces" y oyendo cantar a sus pajaritos, a riesgo de no llegar hasta la isla del oro.

"Los españoles eran tan codiciosos y desmedidos, que no les bastaba que por un cabo de agujeta y aun por un pedazo de vidrio y de escudilla y por otras cosas de no nada les diesen los indios cuanto querían; sino que sin darles algo se lo querían todo haber y tomar." Pero él, el jefe, no quería nada para sí. Era el instrumento, no de un hecho formidable, el descubrimiento de América, sino de algo más profundo, de un estado de alma universal, que había transido de angustia al viejo mundo desde un siglo atrás: el presentimiento de América. Su premio era servir al destino, y los grandes héroes, los que han servido a los destinos altos, jamás han puesto precio a su heroísmo, ni han pensado en lo que ocurrirá después.

Leed las páginas de este Diario de navegación. El argumento marino casi desaparece bajo la anécdota lírica. Habla Colón con amor infinito, una y otra vez, de todo lo que hería sus ojos de poeta. De las islas de hierba verde que navegan a favor de las corrientes. De la mar en bonanza, semejante a un río, "al Guadalquivir en Córdoba". De los peces extraños. Del aire suave "como en Castilla, en abril". De las venas de agua rumorosa. De las frondas tupidas cuajadas de cantos de aves. Del plumaje maravilloso de los papagayos. No es raro que sus notas de todo un día se reduzcan a esto: "A Dios muchas gracias sean dadas; el aire es muy dulce y templado; aves pardelas, muchas; peces golondrinas, volaron muchos sobre la nao".

Entonces era un azar divino el navegar y el descubrir. No se caía sobre los puertos, como ahora, con inexorable exactitud. Ante las cartas balbucientes, con los toscos instrumentos navales, había que tantear, en un juego apasionado, hacia dónde caía la tierra y cuál era. Los pilotos se reunían y cada cual defendía su opinión. El Almirante era el que solía acertar. Consultaba sus papeles, como los pilotos responsables; pero sobre todo consultaba el vuelo misterioso y certero de los pájaros. "Las más de las islas que tienen los portugueses —decía— por las aves las descubrieron."

Los pájaros, a él también, le hicieron presentir la tierra esperada. La seguridad se la dió un palito que flotaba lleno de esca-

ramujos. El humilde insecto fué la paloma de las arcas veleras de Colón. Aquella misma noche, apenas cantada la Salve, Rodrigo de Triana vió la primera lumbre de América desde el castillo de popa. El Almirante añadió a los 10.000 maravedís ofrecidos por los Reyes el regalo suyo, de poeta pobre, que era un jubón de seda.

Colón vió también las sirenas. Eran tres, "que salieron bien alto de la mar". Pero, ¡ay!, "no eran tan hermosas como se pintan". Es seguro que el Almirante sintió esta decepción de las sirenas mucho más que el no llegar hasta la isla de oro.

¿Qué otro mortal habrá tenido la impresión casi divina de alcanzar por su esfuerzo y contra la fuerza contraria de todos los demás tantas maravillas? Los que le acompañaban eran gente recia, inabordable al milagro. Para la fe lírica de Colón, la emoción del descubrimiento debió de ser tal, que los hombres de hoy no acertamos a comprenderla. Le pagaron para que encontrara el oro y había encontrado el Paraíso. "Bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos —anotaba en su Diario— que el Paraíso terrenal está en el fin del Oriente."

Sí, aquel era el Paraíso pródigo, templado, virginal. Y con su Eva desnuda, como una Venus atlántica.

Mas como para el poeta lo extraordinario es normal, Colón cuenta su hazaña sin un asomo de soberbia. Su descubrimiento tenía para él algo de simple comprobación de lo ya sabido, porque estaba acostumbrado a soñarlo. Y al mismo tiempo la realidad de España empezaba a ser sueño para él.

Nunca como en su alma aventurera ha tenido, en el alma de nadie, tanto valor patético la nostalgia de España. Y nada como esta nostalgia nos da la idea de la magnitud del sentimiento español en el alma de Cristóbal. La visión de Castilla, sobria y genesiaca, y de la muelle y graciosa Andalucía no le abandonó en sus largos meses de derrota; antes se encabritaba ante la visión de las exóticas maravillas. Todo lo que veía, lo más extraordinario, lo comparaba con su lejana patria de adopción. En una de las islas vió unos huertos, "tan verdes, con sus hojas, como los de Castilla en el mes de abril y mayo". Otra vez era "una tierra muy alta y no de árboles grandes, sino como carrascos y madroños, como los de Castilla". Los peces y

las aves y las mujeres, cuando los quería encomiar, los comparaba a los de la meseta castellana.

Y con Castilla recordaba a Córdoba, donde sus hijos le aguardaban. Encontró una de sus islas "labrada como pudiera ser la campiña de Córdoba", y en otra, "una sierra, la más hermosa que he visto, que parece propia como la sierra de Córdoba". Y, ¡Dios mío!, cuando el vasto mar estaba hermoso lo comparaba al Guadalquivir.

Pero, acaso, su mayor emoción fué una vez que vió a los indios traer el agua "en cántaros de barro de la hechura de los de Castilla".

En aquel primer viaje al Paraíso, Colón y sus tripulantes no encontraron ni animal ni hombre dañinos. No vieron fieras. Las sierpes que les salieron al paso se dejaron fácilmente cazar. No ladraban los perros. El Diario lo repite con justificada extrañeza. Y los hombres, que siempre son los peores, eran allí dulces, tímidos, hermosos y tan honestos, que el Almirante certificaba a los Reyes Católicos que en "ninguna parte de Castilla hay tanta seguridad: todo se puede dejar sin temor a que falte una aguja".

Oyó Cristóbal hablar de hombres que comían a los otros hombres "y bebían su sangre y les cortaban la natura". Pero no los vió. Decíase que tenían un solo ojo y hocico de perro. Colón, extasiado en su Paraíso, no lo debió de creer. Unos indios, para convencerle, le enseñaron sus miembros con trozos de carne arrancados a mordiscos por los canibales. Colón supuso que era industria y engaño, y no verdad. Todo lo que veía era bueno. Cuando le ponderaron a los habitantes de una isla como los mejores, arguyó que no podían serlo, porque todos eran excelentes.

A los Príncipes les escribía: "a estos hombres hay que ganarles por la persuasión y no por la fuerza". Después vinieron los capitanes enérgicos y ambiciosos, los de la fuerza y no la persuasión. Y se perdió el Paraíso; acaso porque todos los paraísos de la tierra están hechos para perderse.

¿Qué impresión hicieron en Colón y en sus acompañantes aquellos hombres y aquellas mujeres, simples y desnudos en su fragante Paraíso? No queda rastro de ello, ni en el Diario ni en los demás libros del descubrimiento. El Almirante alaba, sobriamente, la hermosura de sus cuerpos, con serenidad de poeta

y con un criterio conforme a la estética de hoy: "tienen —dice— las piernas muy derechas y no barriga".

Pero los otros, los hombres rudos y rijosos, hechos a la continencia del páramo, ¿qué pensarían de aquellas mujeres desnudas "como su madre las pariera", algunas "tan blancas como podían serlo en Castilla"? ¿Qué parte tuvo esta visión de Venus surgiendo desnuda del más allá, en contraste con la visión ascética de la mujer peninsular; qué parte tuvo en la dinámica de los descubrimientos?

Una vez trajeron a la carabela de Colón una mujer "muy moza y hermosa". El Almirante la vistió y le dió collares, sortijas y cascabeles. Ella traía un pedacito de oro en la nariz. Colón la devolvió a tierra "muy honradamente, según su costumbre". Los marineros que la llevaron en su barca contaron que no se quería ir. Sus acompañantes no volvieron hasta las tres de la noche. La habían dejado lejos de la población. Se adivina en sus frentes rudas la melancolía del amor fragante intacto; del amor del pecado, que pasó por sus sentidos como una aventura increíble e inesperada.

Se adivina porque en ninguna parte se habla de amor. Pero el amor latía allí con la codicia, con el ansia de ver y de mandar. Es inútil que no se hable de él. América fué para el extremeño, para el castellano de los inviernos crudos, de la tierra tosca, del duro lecho, de la mujer envuelta en refajos, el Paraíso templado, el país de la cosecha sin sudor y sin mirar angustiosamente, día por día, el cielo. Y también el Paraíso de la Eva ingenua y propicia.

El Diario de Colón ha servido de tema interminable a las discusiones de los doctos. Se han compulsado, comprobado, discutido, una a una, sus palabras. Pero acaso no le han leído las gentes que leen por leer, tal como lo dejó el gran fraile Las Casas, sin erudición, en su versión fragante, maravillosa de pura y expresiva simplicidad. Sólo los libros que no tienen estilo, como este Diario, vencen a los años, devoradores de estilos.

Colón escribía como debe escribirse cuando se van a contar cosas solemnes: como si la lengua fuera un instrumento escueto y anónimo del corazón. Nada hay allí que distraiga del interés supremo del relato de este gran poeta que no hacía versos, sino que rimaba con hazañas y con mundos nuevos su propio cora-

zón. Y que cuando los demás temblaban ante el misterio tenebroso, escribía, lleno de ternura: "era, en el mar, un placer tan grande el gusto de la mañana, que no faltaba sino oír a los ruiseñores".

Por eso descubrió el Nuevo Mundo y salvó al Mundo Viejo de la angustia del horror al vacío. Entonces y siempre, cuando la lógica de los hombres no ve la salvación, sabe encontrarla, contra la lógica, el corazón de un poeta capaz de soñar, perdido en el océano, con los ruiseñores.

GREGORIO MARAÑÓN.

De la Real Academia Española.